

Vivencias cotidianas junto a Salvador Allende

Dra. María Elena Carrera⁷



El diputado socialista Salvador Allende sentado tras su escritorio, a fines de los años 30. Gentileza de la Fundación Salvador Allende. ©

Conocí a Salvador Allende en 1957. Mi imagen de Salvador Allende era el de un hombre entregado totalmente a la lucha política, -posición y actitud que yo compartía-, honesto y valeroso, ducho en sortear difíciles obstáculos y endurecido por los ataques arteros, - y a veces viles -, de sus adversarios. Tal vez por no ser cercana no percibí entonces su calidez humana. Aunque mi marido⁸ dirigió sus campañas presidenciales en 1958 y 1964, mi relación con él fue más bien lejana. Yo prefería trabajar tanto profesionalmente, -como médico-, como políticamente en mi comuna y así lo hacía. En 1964 me designaron jefe de la campaña de mujeres de Ñuñoa donde tuve el honor de compartir ideas y actividades con dirigentes poblacionales y de centros de madres, muchas profesionales destacadas y académicas; entre ellas la primera académica universitaria de América Latina, fundadora del Liceo Manuel de Salas y feminista, Olga Poblete. Me gusta contar esto porque si bien el movimiento popular de la

época tenía baja votación en mujeres, las más conscientes estaban por la justicia social.

En marzo de 1967, mi marido el senador socialista por O'Higgins y Colchagua Salomón Corbalán, murió en un accidente. Volvía en auto de una huelga de la vendimia con la que los sindicatos campesinos exigían concretar en los hechos la Ley de Reforma Agraria, -impulsada por el gobierno del Presidente Frei Montalva-, que se había recién aprobado en el parlamento. Una patrulla de carabineros me fue a buscar a mi casa a las seis de la mañana y a decirme que Salomón había tenido un grave accidente y estaba en la posta de San Bernardo. Me preguntaron si quería ir con alguien y yo le pedí a mi madre que me acompañara. La pasamos a buscar y nos dirigimos a San Bernardo. A esa altura yo ya sospechaba que el accidente había sido mortal, especialmente porque había querido avisar al Dr. Valladares -neurocirujano- y me habían dicho que

⁷ Ex -Senadora de la República de Chile. Recibido 21.7.13. Aceptado 20.8.13. Correspondencia a calle Esmeralda 678,sexto piso, Santiago, Chile.

⁸ Nota del editor: El senador Salomón Corbalán.

no era necesario. A la posta ya habían llegado Aniceto Rodríguez, Manuel Mandujano y Salvador Allende. Salían desolados de lo que debe haber sido una pequeña morgue. Pregunté ¿están seguros que es él? Y Salvador, con lágrimas en los ojos, contestó “es él”.

Su muerte fue un hecho muy doloroso no sólo para mí y nuestra familia. El Partido Socialista se sintió muy golpeado y el movimiento campesino que él había ayudado a formar, lo lloró desde el valle del Choapa hasta Tierra del Fuego.

Como militante socialista y esposa de Corbalán, yo había estado muy cerca del movimiento campesino y del proceso en que aprobó la ley de Reforma Agraria. Quizá por eso el Comité Central del PS me pidió, -a través de mis amigos y compañeros más queridos- que fuera candidata en la elección complementaria para reemplazar a Salomón. Acepté, aunque era una tarea emocionalmente muy dura. Lo considere un deber militante, pero también fue un tributo a la memoria del generoso trabajo político de mi marido.

Para enfrentar este desafío inesperado recibí ayuda de todo tipo. La describo en pinceladas en que siento la nostalgia de tiempos en los que tanta gente entregaba tanto, su tiempo, sus bienes, todo su empeño por extender la democracia, la igualdad y la solidaridad. En esta ocasión, sin embargo, quiero destacar el delicado y acertado apoyo que me brindó Salvador Allende. Además de acompañarme en numerosos actos públicos, puso su auto y su chofer para mi uso en la campaña; lo importante no era el auto sino el chofer, Mario, quien había acompañado a Allende en muchas campañas y aprendido a cabalidad junto a él, las necesidades de un candidato tan multifacético y carismático como él lo fue. Por instrucciones de su jefe, en las frías noches en que había que hablar en plazas o campos y sin que yo se lo pidiera, me traía mantas, bebidas calientes y muchas veces conseguía hasta un quatero. Fue un apoyo humano invaluable.

En una concentración en Rancagua o San Fernando, Salvador se dio cuenta que yo iba con zapatos de cuero muy delgado en pleno invierno. Discretamente se ocupó de que me compraran botas y ropa de abrigo. Que un hombre como él, que tenía el peso de tantas responsabilidades, nacionales e internacionales, fuera el único que se percatara de que yo podía tener frío, me conmueve hasta ahora. A Salvador le importaban las personas, en multitudes, y también una por una. Mucho antes de esto, cuando nació mi hijo Andrés, Salvador llegó a la Clínica con un lindo volumen de ‘El Principito’ de Saint-Exupèry como regalo. No me pareció raro en ese momento, lo encontré muy de

mi gusto. Pero hoy día, a 50 años, lo cuento al pasar a un amigo, y me dice asombrado: “¿Cómo? ¿Allende regalaba ‘El Principito’?” ¡Sí! Allende regalaba ‘El Principito’.

Allende fue muchas veces candidato: a diputado, a senador, a presidente, siempre aunando voluntades y una votación creciente que lo llevó finalmente a la Presidencia de la República. Sus campañas estaban centradas en el bienestar de los trabajadores y en lo que llamaba “*el binomio madre-niño*”. Le iba muy bien en votación de hombres pero muy mal en mujeres, la propaganda en contra hacía mella en el electorado femenino que hacía su debut histórico en las lides electorarias: el voto femenino era reciente y la primera mujer-diputado, Inés Enríquez, lo sería sólo a fines de los años ‘40. Durante el gobierno popular, -dos décadas más tarde-, y a pesar de todos los esfuerzos de la CIA y la derecha chilena: acaparamiento, desabastecimiento, mercado negro y atentados explosivos de Patria y Libertad, las cosas cambiaron.

En las elecciones de marzo del ‘73, la Unidad Popular sacó en promedio un 39% de la votación de mujeres y en las ciudades grandes, 45%; en la población en su conjunto, casi el 50%. Este fracaso de la manipulación artera de la opinión pública, aceleró la actividad de los golpistas. La situación era difícil. Por algún problema puntual, Mireya Baltra y yo tuvimos una reunión con el Presidente, quien, en un momento dado dijo: “*de la Moneda yo sólo salgo con los pies para adelante*”. Nos dejó heladas. Poco después hubo una reunión de mujeres en una gran sala de lo que es ahora el edificio Gabriela Mistral. Estaba repleta, la mayoría eran mujeres de poblaciones populares. El Presidente les habló con una singular emoción y de repente, para mi espanto, se le quebró la voz, pero se repuso enseguida y siguió su discurso. Se me apretó la garganta e intuí: “*este hombre sabe que si es necesario va a morir por las dignidad de todos nosotros y muy especialmente por las que estamos aquí*”.

En esos meses tuve que hacer un obligado y largo viaje a China y Viet Nam. Cuando volví, ya había pasado el tanquetazo y el ambiente se sentía espeso y peligroso. El 10 de septiembre (de 1973) fui a La Moneda y en la galería del segundo piso, vi a Salvador de cerca, a unos 10 metros; iba sonriente y tranquilo. Por lo que ahora sé, había decidido llamar a plebiscito para salir de la crisis. Al verme, levantó una mano como saludo y me gritó: “*¿cómo te fue en China?*” Yo, que había encontrado poco entusiastas a los chinos con nuestro proceso, le contesté: “*dame una audiencia, tengo que hablar contigo*”. No contestó, desapareció por la puerta de su oficina. Fue la última vez que lo vi.